

Medioevo y Renacimiento: anotaciones sobre el *espíritu humanista* de recuperación y transmisión del saber antiguo

PAULO VÉLEZ LEÓN

LA FILOSOFÍA DE ARISTÓTELES no llegó sin más hasta nosotros, tuvo que pasar por muchos, diversos y complejos procesos, que van desde su casi olvido hasta su renacer y apogeo actual; en medio hubo hechos que a veces pasan desapercibidos para nosotros, tal es el caso de los movimientos intelectuales de recuperación y transmisión del saber medioevales y renacentistas, que no sólo intentaban recuperar el pensamiento del estagirita, sino fundamentalmente la ciencia, medicina, filosofía y literatura del mundo clásico grecolatino. En este sentido, en este trabajo, argumentaré que entre estos dos periodos hay diferencias evidentes, aunque no son tan profundas como a veces comúnmente se cree. Así, en lo que sigue, primero presentaré algunas consideraciones sobre las semejanzas y diferencias entre la Edad Media y el Renacimiento, y luego sugeriré que la noción de *espíritu humanista* puede ayudarnos a comprender dichos movimientos intelectuales.

Es una opinión extendida que los humanistas del Renacimiento deseaban, no sólo recuperar la letra, sino fundamentalmente «el espíritu clásico de autonomía intelectual y moral», y por ello, para referirse al milenio que los separaba de su ideal y modelo, «inventaron la expresión “edad media”» (Solís y Sellés 2005/2013, p. 191). Si no se matiza esta opinión, puede llevarnos a afirmar estereotipos y crear ilusiones inexistentes, ya superadas hace varias décadas, como, por ejemplo, presentar el conjunto del medioevo como «una época de pobreza y represión, de coerción intelectual y moral que no añadió nada digno de mención al saber de los clásicos»; cuando la realidad es que el medioevo es un periodo de muchas épocas, contextos, particularidades y culturas diferentes, pues no es lo mismo los inicios rurales y aislados del siglo VII, que la efervescencia intelectual de los siglos XII y XIII en Toledo o París, o el refinamiento de las sociedades hacia fines del XIV y mediados del XV. Miremos esto con un poco de

P. Vélez León (✉)
Universidad Técnica Particular de Loja - UTPL, Ecuador
e-mail: pevelez@utpl.edu.ec

Disputatio. Philosophical Research Bulletin
Vol. 8, No. 11, Dec. 2019, pp. 495-503
ISSN: 2254-0601 | [SP] | **ARTÍCULO**

detalle. Cuando Giorgio Vasari en su tratado *Vite de' più eccellenti architetti, pittori, et scultori italiani, da Cimabue insino à tempi nostri* (Florenca, 1550) usa el término «*rinascita*», lo hace para indicar un ciclo que inicia con Cimabue, Pisano y el Giotto y se consolida con Masaccio, Donatello y Brunelleschi, en el cual los artistas se van liberando de las formas greco-bizantinas para volver a las formas romano-latinas. El culmen de esta época serían Leonardo da Vinci, Rafael, Botticelli, Bramante y Miguel Ángel, quienes serían capaces de superar a los antiguos mismos. Vasari, con estas observaciones, no tendría otra intención que hacer notar la fuerza de la «*novità*» de la época en relación con el pasado medieval. Es más bien, en la modernidad, donde esta concepción da un giro drástico. Jules Michelet, en su *La Renaissance* (París, 1855), es quien define por primera vez el «descubrimiento del mundo y hombre» que tuvo lugar en el siglo XV, como «*Renacimiento*»; en tanto que, Jacob Burckhardt en su *Die Cultur der Renaissance in Italien* (Basilea, 1860), reelabora y amplía los aportes de Michelet y otros eruditos, y manifiesta que luego de un largo periodo de decadencia (el medioevo) la humanidad vio venir una luz y conciencia moderna que significó un renacimiento pleno del espíritu humano. Este ataque y menosprecio al medioevo no es gratuito, pues Burckhardt se hace eco de las críticas a la Edad Media que realizó el humanista forlívés Flavio Biondo en su *Historiarum ab inclinatione Romanorum imperii Decadae III, libri XXXI* (Venecia, 1483). En esta obra, Biondo divide la historia en tres edades: Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna; en donde la Edad Media o medioevo (lat. *medium aevum*) se refiere a un «periodo obscuro» que, por contraste, se opone a su presente, que se caracteriza por reactivar o reanudar los estudios sobre la literatura y la cultura de la antigua Grecia y Roma. Es este concepto despreciativo sobre el medioevo, el que Burckhardt recoge, amplía, profundiza y lega a las generaciones posteriores (Garin 1954/2001, pp. 69–81; Colomer 2011/2012, pp. 217–219).

¿Realmente el medioevo es un periodo obscuro, decadente y de coerción? La respuesta se divide en dos partes. Primero, el medioevo no es más coercitivo que otros periodos, pues a pesar de los muchos casos documentados y procesos complejos, polémicos y dolorosos que se dieron a lo largo de toda esta edad, estos también se dieron en el Renacimiento y la Modernidad, inclusive algunos con más severidad que antaño, baste mencionar los casos de Giordano Bruno, Galileo, o los procesos de caza de brujas y herejes debidos al *Malleus maleficarum*. Segundo, no se debe perder de vista que el medioevo fue el marco en el que se «crearon por vez primera instituciones de enseñanza e indagación autónomas e independientes del capricho de las cortes y mecenas», en las cuales, «la lógica y la filosofía natural se cultivaban para resolver problemas muy prácticos de organización social expresados en términos teológicos o legales». Es

precisamente por ello, por lo que el saber racional (matemáticas, medicina, filosofía, teología y derecho) se transformó en un pilar indispensable del orden social, algo que no ocurrió y no podía ocurrir nunca con la Academia, la *Bayt al-Hikmah* o el Museo de Alejandría, que eran dependientes de «aficiones particulares o adornos suntuarios reales», y por ende, «efímeros y prescindibles». Este espíritu también se trasladó al ámbito de la ciencia, en donde las transformaciones también fueron muy sentidas, pues la antigua dicotomía entre *theoria* y *praxis*, cada vez se fue diluyendo más, dado que los nuevos desafíos del mundo requerían que los avances científicos incorporaran ambas perspectivas, es decir, que los supuestos teóricos sean verdaderos y los resultados sean precisos, sin la sincronía de estos dos ámbitos —como se verá luego con Copérnico y la ciencia moderna—, la exigencia del progreso podía ser muy limitada (Solís y Sellés 2005/2013, pp. 191–192). Naturalmente no se puede decir que el medioevo tenga el esplendor del pasado clásico grecolatino, pero en absoluto se puede decir que sea un periodo de tinieblas.

Visto que el medioevo no es un periodo oscuro, decadente y de coerción, cabe preguntarse si realmente el medioevo es un periodo aislado e inconexo o guarda alguna similitud con el renacimiento. Eusebi Colomer manifiesta que «en el acontecer vivo de la historia las fronteras entre las diversas épocas no son nunca tan exactas como en nuestros esquemas mentales»; básicamente por cuanto, «el paso de una etapa a otra no se realiza nunca de golpe sino a través de tanteos, avances y retrocesos, que hacen muy difícil determinar con precisión lo que en realidad pertenece a cada época» (2011/2012, p. 218). Por esta razón, no resulta fácil caracterizar taxativamente el espíritu renacentista con respecto del medioeval. Para ello, siempre resulta conveniente tener a la vista que, en un primer momento, la ruptura que hicieron los humanistas renacentistas con su pasado inmediato —es decir, lo que ahora llamamos «periodo medioeval»— manifestaba la identificación de la propia época de los humanistas con el carácter histórico de la Antigüedad, asumiendo que ellos, los humanistas modernos, eran conscientes de su propia historia tal como lo habían sido los antiguos respecto a la suya; en cambio, el enorme espacio que quedaba entre estas dos épocas históricas era una especie de vacío histórico, pues la gente de esos tiempos no había visto su propia época en términos históricos, y por lo tanto, no era un verdadero periodo histórico (como la Antigüedad o la Modernidad), sino una simple *edad intermedia* entre las dos eras históricas reales. De ahí el calificativo desdeñoso de Burckhardt y otros de considerarla una simple «Edad Media», como aquello que no es ni antiguo ni moderno, sino sólo espacio vacío de conciencia propia. Es decir, algo fuera de la verdadera historia. Sin embargo, la moderna historiografía, al convertir este largo periodo precisamente en una

categoría histórica concreta, ha terminado por hacer una construcción historiográfica demasiado amplia y difícil de manejar, debido a las amplias diferencias culturales que inevitablemente existen en un periodo tan largo de tiempo, lo cual no quiere decir que no tengan relación entre sí.

En este sentido, Brian P. Copenhaver y Charles B. Schmitt afirman que la división clásica entre Edad Media y Renacimiento es particularmente artificial para la historia intelectual, y más concretamente para la historia de la filosofía y filósofos de esas épocas. Es más, si miramos con atención, podremos constatar que una parte importante de la filosofía más admirada, más discutida y más característica del Renacimiento fue la filosofía «medieval», que floreció en el siglo XVI y cuyos efectos se hicieron sentir de manera débil aún en épocas posteriores. Si miramos algunas áreas podremos verlo más claramente, *e.g.*, la lógica desarrollada por Thomas Bradwardine (*ca.* 1290 – 1349), Guillermo Heytesbury (fl. 1370), o la compendiada por Pablo de Venecia (*ca.* 1369 – 1429) tuvieron una gran influencia entre los siglos XIV y XVI, y sus obras fueron impresas, leídas y discutidas. Un ejemplo más claro es el de Averroes (Ibn Rušd; 1126 –1198), el gran comentarista de Aristóteles, que fue traducido, impreso, aprendido y discutido hasta el final del siglo XVI, en varias áreas de la filosofía. Las ediciones con comentarios de las obras de Aristóteles realizadas por Averroes fueron muy populares, al punto que en la Italia del siglo XVI se imprimieron habitualmente. Estas ediciones impresas fueron ampliamente leídas y estudiadas en toda Europa. Otro autor relevante, es Ramon Lull (*ca.* 1232 – 1315/16), en cuyo pensamiento encontramos una simbiosis entre el Islam y el cristianismo del medioevo hispano, el cual no sufrió ninguna pérdida de autoridad en el Renacimiento. Es más, cuando el humanismo prosperó en Florencia y París, varios humanistas de primera fila consideraron que debían absorber el conocimiento que se encontraba en las obras de Lull (Copenhaver y Schmitt 1992, pp. 3–4).

Naturalmente no se puede afirmar que entre el Renacimiento y la Edad Media había una continuidad intelectual natural y fluida, en la que apenas hay distinciones insignificantes, pero tampoco se puede decir que haya una ruptura entre estos dos periodos, puesto que es evidente que hay ciertas continuidades y transiciones que vinculan el Renacimiento con la Edad Media. Y es que, sin la contribución medioeval, es muy difícil sostener sin más el *redescubrimiento* de ese rico saber antiguo por parte de Petrarca (1304– 1374) y sus herederos humanistas. El vigoroso y genuino interés renacentista por redescubrir, establecer y enriquecer los textos de los manuscritos antiguos, así como las fuentes de pensamiento grecolatino, que para la época habían sido poco

conocidas o leídas o simplemente desconocidas,¹ no sería posible sin el espíritu de renovación intelectual iniciado en el siglo XI, y que floreció en el siglo XII y XIII en la península ibérica y otros lugares del mediterráneo europeo. Y naturalmente, sin el espíritu de transformación y progreso que dio origen a muchas de las nuevas instituciones —incluidas las universidades— que ahora son características de Europa occidental. La filosofía floreció en este contexto y desde entonces ha tenido un desarrollo ininterrumpido hasta la actualidad. Evidentemente, la filosofía no era desconocida en la Alta Edad Media europea, pero era un tenue remanente de lo que había estado a disposición de Agustín o Boecio. Es sólo a partir de que los escritos de la antigua Grecia, tales como los de Euclides, Galeno y especialmente los de Aristóteles se hicieron accesibles en versiones latinas, ya sea directamente del griego o indirectamente de las traducciones árabe y hebrea, la filosofía y ciencia europea recobró su impulso. La labor de los filósofos y traductores de Sicilia, del sur de Italia y de Hispania fue crucial y fundamental para establecer los cimientos sobre los que reposa la filosofía medioeval y del Renacimiento. Sin aquella iniciativa de recuperación, transmisión y apropiación del saber antiguo no sería posible ninguna de las dos² (Copenhaver y Schmitt 1992, pp. 4–5; cf. Vélez León 2014 y 2017b).

Veamos un caso para entender esta labor. Uno de los autores que, tanto humanistas del Renacimiento como de la Edad Media, se esforzaron en recuperar, interpretar y asimilar fue Aristóteles. Algunas escuelas filosóficas desde antiguo (Persia) y hasta el siglo XII y XIII (Córdoba, Toledo, Paris), no sólo trataron de estudiar el alcance y coherencia del sistema aristotélico, sino que esto mismo trataron de aplicar a sus propios sistemas, es decir «compitieron» para mostrar cuál de ellas era más aristotélica, cuál le daba una mayor primacía. Este propósito no hubiera sido posible sin las traducciones de los textos de Aristóteles a los diversos idiomas por donde tuvo que transitar, luego del declive y caída del

¹ Pensemos, por ejemplo, en lo que supuso para el Renacimiento, el hallazgo del *Dē rērum natura* de Lucrecio por parte de Poggio Bracciolini, en la abadía benedictina de Fulda, en el invierno de 1417. Sobre este hecho y sus implicaciones, con provecho se puede consultar la obra de Stephen Greenblatt, *The Swerve: How the World Became Modern* (W. W. Norton & Company, 2011) [Trad. cast.: *El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*. Traducción de Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya. Crítica: Barcelona, 2012].

² Sobre los movimientos intelectuales de recuperación y transmisión del saber puede consultarse un trabajo previo mío (Velez León 2017a), en donde consta una abundante bibliografía al respecto. Una obra reciente, que sigue esta misma senda y ofrece una visión de conjunto es la de Violet Moller, *The Map of Knowledge: A Thousand-Year History of How Classical Ideas Were Lost and Found* (Doubleday, 2019) [Trad. cast.: *La ruta del conocimiento. La historia de como se perdieron y redescubrieron las ideas*. Taurus: Barcelona, 2019]; no obstante, se debe poner cierta atención en el análisis que ofrece la autora por la reiteración de tópicos comunes que no son de consenso académico.

Imperio Romano. Los cristianos nestorianos de Edessa, en los siglos IV y V, fueron de los primeros en poner a Aristóteles y otros autores en su lengua materna, el siríaco. Los cristianos monofisitas, al trasladarse a Persia, tomaron estas traducciones siríacas para establecer una base de traducción al árabe, más sistemática de la literatura griega, esto luego del siglo VII. En el siglo IX, en Bagdad las traducciones árabes de Aristóteles, Platón, los comentaristas peripatéticos y neoplatónicos estuvieron a otro nivel de representación e interpretación. Los eruditos musulmanes procuraban tanto la filosofía como la ciencia, aunque posiblemente esta aún más. En el siglo XI, en Montecasino, Constantino el Africano realizó varias traducciones germinales al latín de obras médicas en árabe. De hecho, se dice que los usos seculares de la medicina y la astronomía musulmanas eran más atractivos que la filosofía especulativa para los primeros estudiantes occidentales que aprendían árabe. En la primera mitad del siglo XII, Adelardo de Bath, Pedro el Venerable y otros académicos latinos empezaron a prestar atención a los autores árabes y musulmanes, e iniciaron un proceso gradual de traducción al latín de textos árabes, principalmente científicos. Juan Hispalense, Alfred de Sarashel, Gerardo de Cremona, Domingo Gundisalvo, Michael Scot, entre otros, trabajaron en Toledo traduciendo el saber filosófico antiguo (metafísica, física, lógica), que estaba en árabe o hebreo, al latín, para hacerlo disponible a los estudiantes y eruditos de la segunda mitad del siglo XII y primera del siglo XIII. La labor de traducción de las obras Aristoteles fue encomiable. Ahora bien, todas estas nuevas versiones de Aristóteles, comentarios y otras fuentes griegas, árabes y hebreas supusieron agregar una gran tensión en el fino y escaso léxico del latín filosófico medieval. No hay datos precisos, pero se estima, *e.g.*, que con el término *esse* se suplieron más de treinta términos árabes diferentes, y con el griego no fueron diferentes los desafíos. Los traductores medievales tuvieron que ser muy ingeniosos para resolver estos problemas, y esto también trajo como resultado crear un dialecto filosófico latino desconocido para Cicerón o Virgilio. Como podrá comprenderse esto no causó mucha gracia a los humanistas renacentistas que estaban empeñados en recuperar la pureza del latín. En todo caso, humanistas renacentistas y medioevales, a medida que tomaron conciencia de que las traducciones y comentarios sobre las obras centrales de Aristóteles aumentaban exponencialmente, vieron la necesidad de que el léxico filosófico creciera de manera rigurosa, sistemática y consistente (Copenhaver y Schmitt 1992, pp. 4–7). Esto, que no es más que una breve sinopsis, revela la complejidad de este asunto, al tiempo que pone de relieve una pequeña parte de esta maravillosa historia intelectual de Occidente, que es la transmisión y recepción del saber

antiguo.³

Más allá de las diferencias y similitudes entre el Renacimiento y la Edad Media, si hay algo que de verdad los une es el espíritu común por conocer, estudiar, comprender, transmitir y asimilar el legado de la antigüedad. A este espíritu algunos autores lo denominan *espíritu humanista*. Marcelino Menéndez Pelayo, *e.g.*, manifestaba que:

un *humanista*, es [...], un hombre que toma las letras clásicas como educación *humana*, como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu, poniendo el elemento estético muy por encima del elemento histórico y arqueológico, y relegando a la categoría de andamiaje indispensable, aunque enojoso, el material lingüístico (Menéndez Pelayo 1889, p. 11).

Más recientemente Nicholas Mann, sobre este mismo punto sostenía que:

El *humanismo* es aquel desvelo por el legado de la Antigüedad —el literario en especial, pero no exclusivamente— que caracteriza la tarea de los estudiosos por lo menos desde el siglo IX en adelante. Por encima de todo, supone el redescubrimiento y el estudio de las obras de los clásicos grecolatinos, la restitución e interpretación de sus textos y la asimilación de las ideas y valores que contienen (Mann 1996, p. 2).

Con esto no quiero decir que el Humanismo debe ser considerado desde el siglo XII o que el siglo XII y XIII es de hecho ya el Humanismo, sino que por extensión y analogía entre el Renacimiento y la Edad Media, hay un *espíritu humanista*, dado que los filósofos, eruditos y traductores de ambos periodos procuraban de *bona fide*, con ahínco y con convicción por la verdad, recuperar, interpretar y asimilar las ideas y formas del mundo antiguo, bajo sus respectivos tamices.

³ En otro trabajo, de modo panorámico, haré un recorrido por esta historia tomando como base la influencia de Aristóteles en nuestra tradición filosófica. Empezaré en el mundo antiguo y culminaré en el Renacimiento. No abarcaré todos los periodos, lugares y autores, pero sí ofreceré una visión de conjunto que nos permita hacernos una idea de lo que ha significado para nuestra tradición recuperar, transmitir, asimilar y tener el conocimiento filosófico del que se goza en la actualidad.

REFERENCIAS

- COLOMER, Eusebi (2011). *De la Edad Media al Renacimiento. Ramón Llull, Nicolás de Cusa, Juan Pico della Mirandola*. 2da. Edición. Barcelona: Herder, 2012.
- COPENHAVER, Brian P. y SCHMITT, Charles B. (1992). *Renaissance Philosophy*. Oxford: Oxford University Press.
- GARIN, Eugenio (1954). *Medioevo e Rinascimento. Studi e ricerche*. Bari: Laterza. [Trad. cast.: *Medioevo y Renacimiento. Estudios e investigaciones*. Trad. Ricardo Pochtar. Madrid: Taurus, 2001].
- MANN, Nicholas (1996). «The origins of humanism». En: *The Cambridge Companion to Renaissance Humanism*, editado por Jill Kraye. Cambridge: Cambridge University Press.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1889). «De las vicisitudes de la filosofía platónica en España». Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1889 a 1890. Madrid.
- SOLÍS, Carlos y SELLES, Manuel (2005). *Historia de la Ciencia*. 4ta. Edición. Barcelona: Espasa, 2013.
- VÉLEZ LEÓN, Paulo (2014). «Consideraciones historiográficas para una historia de la ontología». En: *XX Congrés Valencià de Filosofia*, editado por T. Grimaltos, P. Rychter, & P. Aguayo. València: Societat de Filosofia del País Valencià, pp. 347–362.
- VÉLEZ LEÓN, Paulo (2017a). «τὸ ὄν ἢ ὄν. Sobre el significado de la ontología. De la "filosofía primera" de Aristóteles a la "metaphysica" de Domingo Gundisalvo». Universidad de Salamanca.
- VÉLEZ LEÓN, Paulo (2017b). «Sobre la noción, significado e importancia de la Escuela de Toledo». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 6, no. 7: pp. 537–579.



Middle Ages and Renaissance: Notes about the *Humanistic Spirit* of Recovery and Transmission of Ancient Knowledge

The Medieval and Renaissance intellectual movements aiming at the recovery and transmission of knowledge are what is mainly responsible for handing down to our times the acquaintance with the science, medicine, philosophy and literature of the classical Greco-Roman world; and adequate comprehension, however, of what these periods mean and the work achieved by these movements are still tasks for us to complete. Given this background, I shall argue in this paper that there are, evidently, differences between these two periods, though they are not as profound as commonly believed. To show this, I shall then proffer some considerations about similarities and differences between the Middle Ages and the Renaissance. Finally, having established

this as a conceptual framework, I shall suggest that the notion of *Humanistic Spirit* may help us to comprehend these periods and intellectual movements.

Keywords: Knowledge · Translation · Humanism · Ancient Knowledge · Aristotle · History of Science.

Medioevo y Renacimiento: anotaciones sobre el espíritu humanista de recuperación y transmisión del saber antiguo

Los movimientos intelectuales medioevales y renacentistas de recuperación y transmisión del saber han legado a nuestra época, en buena medida, el conocimiento de la ciencia, medicina, filosofía y literatura del mundo clásico grecolatino; no obstante, una adecuada comprensión de lo que significan estos períodos y la labor de estos movimientos sigue siendo una asignatura pendiente para nosotros. En este sentido, en este trabajo, argumentaré que entre estos dos periodos hay diferencias evidentes, aunque no son tan profundas como a veces comúnmente se cree. Así, primero presentaré algunas consideraciones sobre las semejanzas y diferencias entre la Edad Media y el Renacimiento, y luego sugeriré que la noción de *espíritu humanista* puede ayudarnos a comprender dichos movimientos intelectuales.

Palabras Clave: Conocimiento · Traducción · Humanismo · Saber Antiguo · Aristóteles · Historia de la Ciencia.

PAULO VÉLEZ LEÓN es Profesor Titular de Filosofía en la Universidad Técnica Particular de Loja. Sus principales áreas de interés son la filosofía teórica (metafísica, teoría del conocimiento y antropología), la axiología (estética) y la historia del pensamiento y la ciencia, especialmente el hispano medioeval. Ha participado en varios proyectos de investigación, y colaborado con diferentes grupos de investigación básica y aplicada, también ha realizado ampliación de estudios en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Ha publicado, en sus áreas de especialización, varios artículos en revistas y actas académicas.

INFORMACIÓN DE CONTACTO | CONTACT INFORMATION: Sección Departamental de Filosofía y Teología, Universidad Técnica Particular de Loja – UTPL. Calle Marcelino Champagnat s/n. 110107 San Cayetano Alto, Loja, Ecuador. e-mail (✉): pevelez@utpl.edu.ec

HISTORIA DEL ARTÍCULO | ARTICLE HISTORY

Received: 15–October–2019; Accepted: 21–December–2019; Published Online: 28–December–2019

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO | HOW TO CITE THIS ARTICLE

Vélez León, Paulo (2019). «Medioevo y Renacimiento: anotaciones sobre el *espíritu humanista* de recuperación y transmisión del saber antiguo». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 8, no. 11: pp. 495–503.

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2019